

Ética y Periodismo

Tengo que agradecer muy cordialmente la invitación y generosidad de la UPC que me permite estar estos días con ustedes.

En España, cuando se quiere explicar que existe una diferencia entre dos cosas, cuando se dice que hay una gran distancia entre algo bueno y algo malo, entre algo mediocre y algo espléndido, se señala: “Hay una diferencia como de aquí a Lima”, poniéndose así como ejemplo de lo remoto.

En todo caso, para demostrar que ni siquiera esas frases resisten la prueba de la tecnología moderna, aquí estoy, con mucho gusto, salvando esa enorme distancia.

Voy a intentar que nos enriquezcamos un poco y, por qué no, que nos divertamos también, puesto que nunca ha matado a nadie y es, además, algo positivo.

Para empezar, se me propuso el tema de la ética y el periodismo. Soy profesor de Ética, y por ende, se supone que se trata de la

materia en la que soy menos incompetente. Me dedico a la reflexión sobre el sentido de la libertad y el arte de vivir; a la reflexión sobre los valores y a la ligazón que une la libertad con la responsabilidad. Paralelamente, el periodismo es un mundo en el que me muevo desde que tenía 16 años. Escribo en periódicos y en revistas prácticamente desde que me sostengo en pie y, por lo tanto, aunque no tengo ningún carnet oficial de periodismo ni he seguido estudios de periodismo ni nada, me siento periodista. He realizado muchas cosas en prensa; he escrito artículos del más diverso tipo, artículos que van desde artículos de fondo y entrevistas, hasta crónicas sobre carreras de caballos.

Todo ello, especialmente, cuando tenía entre 15 y 16 años, período durante el cual dirigí la revista del colegio donde estudié en Madrid.

La revista se llamaba *Soy Pilarista*, un nombre previsible si se tiene en cuenta que el colegio se llamaba Nuestra Señora del Pilar.

Ahí descubrí lo difícil que es lograr que los colaboradores cumplan sus compromisos, cosa que forma parte de la ética en sí del periodismo. Si bien encargaba generosamente artículos a todo el mundo, cuando llegaba el momento del cierre de la revista, veía con horror el incumplimiento de los colaboradores, apresurándome a suplirlos, haciendo uso de un seudónimo e inventando todo tipo de artículos sobre materias que desconocía generosamente, como *hockey* sobre patines, por

ejemplo, del cual ignoraba hasta las normas. El periódico, si bien aparecía escrito con diversas manos y diversos seudónimos, estaba redactado todo por mí. Fue por este motivo que los compañeros del curso, en vez de *Soy Pilarista*, lo llamaban *Soy Savater*.

Desde entonces, y aunque ya en condiciones un tanto más positivas, debo reconocer que es bajo el franquismo, bajo una dictadura, es decir, bajo condiciones difíciles, donde se evidencia cuáles son los compromisos éticos de la prensa; donde se nota con mayor claridad quién está dispuesto a arriesgar algo, a crear con los lectores el vínculo que ellos necesitan cuando se vive en una dictadura.

El hecho de que hubiese una prensa, que normalmente era una revista, donde se insinuaban o planteaban críticas; donde se ofrecían informaciones de las que intentaba acallar el poder, se convertía en algo sumamente importante para quienes vivían bajo esa opresión.

Mientras que en algunos momentos la prensa desempeña un papel más superfluo, un rol más decorativo; en otros, se convierte en algo vital, en algo imprescindible, en algo necesario para no enloquecer o deprimirse ante una circunstancia opresiva y asfixiante. En todo caso, si bien existen las presiones directas del poder, también existen las indirectas que provienen de los desvíos de la propia conciencia de la persona que está escribiendo la prensa.

Los medios de comunicación, entendidos de la manera más amplia y más completa, plantean el problema del espacio público en nuestra época.

La democracia está ligada al concepto de un espacio público donde las personas se reúnen para entrar en relación, en colaboración, en complicidad social. Recordemos que existen dos formas de incorporarse a un colectivo: por un lado está la pertenencia y por el otro, la participación. La pertenencia es a aquellos colectivos en los cuales nacemos y de los cuales formamos parte simplemente por el hecho de nacer. Con ellos no tenemos una distancia crítica, una valoración previa, sino que constituyen casi nuestra identidad. Me refiero, por ejemplo, a la familia, a nuestra tierra natal, a ese "soy de aquí", "ésta es mi madre", "éste es mi padre", "esto es lo mío".

Esa forma de participación acrítica, insisto, que no pone condiciones, es muy satisfactoria para la persona, quien se siente apoyada y ayudada por las circunstancias. No obstante, de alguna forma también se siente coaccionada o limitada, porque eso que nos rodea y que nos hace uno con aquello con lo que participamos, no nos deja ninguna iniciativa personal.

Es decir, si bien estamos muy acogidos a lo que Nietzsche malignamente llamaba "el calor de establo", es decir a ese calor que se

dan las vacas unas a otras soplándose al cuello; si bien ello es necesario para nuestra estabilidad, es insuficiente para la formación de una individualidad y una subjetividad.

Lo que inventa la democracia es un espacio al cual ya no solamente se pertenece, sino en el que se participa; es decir, un espacio de adhesiones condicionadas.

Se trata de sociedades de las que formo parte porque me interesa el proyecto de esa sociedad. Por ejemplo, si me hago miembro de una sociedad filatélica es porque me interesa la filatelia.

La participación, ~~por su parte~~, es algo más distante, más crítico. Yo ingreso a un grupo político, por ejemplo, porque creo que ahí existen objetivos, que existen cosas necesarias que ese grupo va a llevar a cabo. No obstante, si veo que ese grupo no logra cumplir los objetivos, que los traiciona o los abandona, entonces me salgo y busco otro lugar donde pueda ejercer mejor mis derechos ciudadanos. La pertenencia es excluyente, exclusiva, identitaria. La participación es algo mucho más abierto, mucho más crítico, mucho más optativo.

Para que no todo se convierta en pertenencia, que sería volver a sociedades unánimes y, en último término, totalitarias; para que toda la sociedad no tenga que tener esa imagen familiar que la haría asfixiante, hace falta que se cree un espacio público en el que podamos participar

con una cierta distancia, enterarnos de lo que ocurre, optar por unos planteamientos frente a otros.

Ese espacio público es el que crea el periodismo, el que crean los medios de comunicación. Ya no existe una ágora en la cual podamos reunirnos todas las personas que vivimos en una sociedad democrática.

En ese entonces no se contaba con micrófonos. No existía ningún medio de hacerse oír, de modo que cada uno tenía que lograrlo por sus propios medios; con lo cual, las personas que tenían buena estatura, buena presencia o buena voz, eran los políticos natos porque llegaban a los demás.

El espacio público que se había creado exigía unas sociedades pequeñas; unas sociedades minúsculas comparativamente hablando. En su *Política*, por ejemplo, Aristóteles, señala que una ciudad no puede estar compuesta de diez personas, pero tampoco de cien mil. Para él, la idea de una ciudad compuesta por cien mil personas era un disparate.

Hoy, las ciudades de cien mil personas nos parecen pueblos; lugares muy pequeños.

Hace falta, entonces, crear una ágora en la cual podamos participar todos. Si bien no podemos pensar en un lugar que nos acoja a todos, debemos trasladarnos a la ágora de relaciones y comunicaciones.

Se trata de ágoras actuales que suponen un periódico, un programa de radio o de televisión; que suponen una página de Internet. Se trata de las ágoras en las que hoy, quienes físicamente no pueden estar en contacto unos con otros, se reúnen para escuchar, para tomar decisiones, para informarse, para hacer oír su voz, entre otros.

Los intermediarios de esa ágora; los intermediarios que posibilitan esa ágora imprescindible para la participación democrática, somos las personas que trabajamos en los medios de comunicación.

Evidentemente, ello constituye una gran responsabilidad porque esos medios de comunicación son, por una parte, un servicio público, lo cual significa que tienen la función pública de posibilitar el funcionamiento de la democracia y, por otra, constituyen una fuerza revolucionaria, una fuerza subversiva. Fíjense que la gran revolución de la modernidad, la Revolución Francesa del siglo XVIII nace movida en buena parte por periodistas geniales, tipo Voltaire, por ejemplo.

Voltaire descubre que el hecho de que las imprentas ya no estén en unas pocas manos, sino que cada vez existan más personas civiles que puedan imprimir y difundir gacetas, hojas y folletos, entre otros, hace que, sin necesidad de comprar costosos y difíciles libros, la gente tenga acceso a hojas casi volanderas, pero en las se le informaba o se le advertía sobre una serie de problemas que ocurrían en su época.

Voltaire inventa, entonces, el estilo periodístico; el estilo hecho de rapidez, de condición, de malicia, de humor, de intención agresiva contra determinadas formas del poder, de injusticia, de intolerancia, etcétera.

De modo que, además de un servicio público, los medios de comunicación cumplen también un papel de fuerza revolucionaria porque están constantemente poniendo en jaque a las autoridades, que lo que quisieran es una visión siempre edulcorada y propagandística de sus propias bondades. Los medios de comunicación están siempre mirando debajo de la alfombra para ver qué es lo que se ha escondido. Eso pone en jaque a los poderes establecidos.

Por otra parte, también se trata de un instrumento educativo. Para muchas personas el contacto con la prensa, el contacto con la radio o con la televisión, es el elemento por el cual se enteran que existen otros países, otras costumbres, inventos actuales, progresos de la ciencia, planteamientos políticos diferentes a los usuales, teorías económicas, entre otros. Los medios de comunicación deben estar siempre conscientes de ese papel educativo que cumplen, el cual considero que es muy importante y que algunos medios, como la televisión, por ejemplo, podrían cumplir de forma eminente si quisieran o supieran y no estuvieran condicionados por el último de los papeles que también cumplen los medios de comunicación, que es el de ser un negocio.

Es decir, son, evidentemente, un servicio público, son una fuerza revolucionaria, son un instrumento educativo, pero también son un negocio, una empresa, una máquina con la cual se puede ganar más o menos dinero; y que, a veces, ese carácter de negocio condiciona sus funciones como servicio público, como medio educativo y como fuerza revolucionaria.

Entonces, es en ese contexto en el que tenemos que plantearnos la función del periodista. Yo diría que el periodista, la persona que trabaja en los medios de comunicación debe estar animado por la necesidad de proclamar la verdad. Y, repitiendo la pregunta de Pilatos, ¿qué es la verdad?, habría que reconocer que ese es justamente el primer tema que habría que dilucidar. Es decir, a qué verdad nos estamos refiriendo.

En *Mi Fausto (Mon Faust)* de Paul Valéry, él imagina un diálogo muy pedante, pero muy divertido, entre un Fausto modernizado, un Fausto del siglo XX, que dicta sus memorias a su secretaria, la señorita Lust, y con la cual tiene un coloquio muy ingenioso y espiritual, como suelen ser los de Valéry.

En un momento, la señorita Lust le dice a Fausto: “¿Quiere usted que le diga la verdad?”; y Fausto le responde: “Prefiero que me diga usted la mentira que considere más digna de ser verdad”. Se trata de un comienzo de reflexión sobre la verdad.

Por su parte, Nietzsche decía que nuestras verdades son las mentiras irrefutables que necesitamos para vivir.

Yo pienso que el periodista debe tener una concepción que haga a la verdad siempre digna de ser dicha. Es decir, no debe preferir una mentira más digna de ser dicha que la verdad, sino considerar que la verdad es precisamente lo más digno de ser dicho y, sobre todo, que el público, su público, siempre es digno de la verdad.

El público del periodista siempre es digno de escuchar la verdad; siempre es digno de conocer la verdad, y no hay que darle, con la excusa de que todavía no está formado, de que todavía no está desarrollado, alguna verdad edulcorada, transformada, manipulada o adaptada para uso de los delfines. Nos referimos a la verdad tal como es socialmente hablando y no a cualquier verdad. No a la verdad que se obtiene mirando por la mirilla del cuarto donde una persona lleva a cabo su vida íntima; no violando el derecho que tiene la persona a la privacidad o el derecho que tiene a guardar sus ideas y su correspondencia. No a cualquier verdad.

Nosotros podemos tener curiosidad por muchas verdades que socialmente no nos atañen, que socialmente no nos corresponden saber. El periodista está al servicio de la verdad que socialmente corresponde saber, aquella que necesita un ciudadano para ampliar su campo de intervención pública, para vivir mejor, para relacionarse mejor con los de-

más, pero no simplemente para satisfacer alguna forma de morbo u hostigamiento a otros.

Es decir, la verdad tiene que ser la verdad socialmente relevante. La verdad socialmente relevante es poliédrica; es decir, no es una verdad que tiene una sola visión y un solo campo. La verdad es el conjunto de muchas cosas, el conjunto de muchas situaciones y de muchas realidades.

La verdad es, en ocasiones, muy compleja. Ante un suceso también son verdades sus causas, sus antecedentes, las alternativas que se desecharon, las consecuencias que se preven, las intenciones que se han frustrado y las que se realizan. Todo ello forma parte de la verdad. El periodista debe ser consciente de esa verdad poliédrica e intentar asumirla de la manera más completa y más rica posible.

Para ello, el periodista necesita, en primer lugar, un conocimiento sobre qué es la verdad. Creo que el periodista necesita una capacidad para llevar a cabo su función de explicar la verdad; es decir, un saber decir, un saber qué es lo que va a decir y un saber decirlo. El periodismo exige de un conocimiento. No cualquiera puede comprender la verdad allá donde la ve. Hace falta una preparación, hace falta una experiencia, hace falta una perspectiva, y eso hay que adquirirlo. Para que el periodista diga la verdad tiene que tener la capacidad de reconocerla y de expresarla.

Naturalmente, además de esa capacidad, tiene que tener la voluntad. Es decir, debe querer decirla. Querer decirla no significa que el periodista deba descartar todos sus puntos de vista previos. Todo lo contrario. La verdad no puede ser neutral, porque la realidad no es neutral.

El periodista simplemente no puede considerarse neutral, porque la neutralidad es imposible en un mundo donde existen los valores, existen las injusticias, donde existen los horrores y, por lo tanto, el periodista de alguna manera tiene que valorar para comprender objetivamente la realidad.

Hay circunstancias que no se pueden describir objetivamente sin valorarlas. Si alguien apoya una pistola en la sien de otro y dispara, la forma de contar ese suceso, la forma objetiva, la forma más próxima a la realidad, no es simplemente describir el mecanismo del revólver: el percutor que golpea al cartucho y a la bala, que propulsada por la explosión de la pólvora sale y rompe el hueso y penetra en el encéfalo. Esa descripción no es la más realista. La descripción realista exige un por qué y un cómo, así como una valoración de lo que es un crimen, entre otros. Todo eso forma parte de lo que hay que decir. Uno no puede esconderse, de alguna manera, detrás de un falso objetivismo, de un objetivismo de pantalla, de un objetivismo periodístico.

Cuando a José Bergamín, gran poeta y escritor español de la Generación del 27, le decían: "Es usted muy subjetivo. Sus opiniones son siempre muy subjetivas", él respondía: "Si yo fuera un objeto sería objetivo; como soy un sujeto, soy subjetivo".

Yo creo que los periodistas somos sujetos y no objetos.

No quiero decir que ese subjetivismo tenga que ser el capricho o el sectarismo. Una cosa es ser subjetivo, es decir, aplicar a la realidad aquello que sabemos previamente de ella, aquellos conocimientos históricos, económicos, políticos o científicos que conocemos. Aplicar esos conocimientos a la realidad no es subjetivismo, sino aprovechar nuestro caudal personal subjetivo que tiene un vínculo con la objetividad.

Entonces, hay que tener la suficiente voluntad de decir, interpretando y subjetivizando la realidad, así como adoptando la perspectiva de verdad que consideramos más apta. Debemos querer decirla aunque de alguna manera nos cueste o vaya en contra de algunas cosas que nos son queridas.

Por último, naturalmente, lo que se necesita también es independencia para poder decirlo. Hace falta capacidad para decir, hace falta voluntad de decir, pero también se necesita la independencia que permite decir. Independencia en el sentido de no estar enfeudados, de no estar alquilados, digamos, a un tipo de compromiso económico que nos

esclavice de tal modo que no podamos decir nada más que lo que se nos dicta. Independencia para poder decir sin arriesgarnos a sufrir tremendas represalias por parte del poder. Evidentemente, nadie es obligadamente heroico y si alguien tiene que decir lo que piensa o lo que cree a costa de su vida, de su seguridad, de su libertad, de la seguridad o libertad de las personas que lo rodean, entonces es bien probable que, con buen acuerdo, se calle.

De modo que hace falta también la independencia, independencia de la necesidad económica inmediata que hace, quizá, que el periodista tenga que trabajar al dictado de determinados poderes o de determinadas instancias que quieren dirigir el pensamiento de las cosas y al resguardo de un poder que fundamentalmente lo que quiere es propaganda. A casi todos los poderes políticos, incluso a los mejores y, desde luego, a los peores mucho más, lo que les gusta es la propaganda. La propaganda es algo que no es información ni opinión.

Se dice que un buen periodista debe ser capaz de distinguir entre la información y la opinión, y todos estamos de acuerdo en que, efectivamente, es importante que el periodista distinga cuándo está dando una información, es decir algo que describe un hecho o un dato de la manera más completa y comprensible posible, y cuándo opina, es decir

cuándo enmarca ese hecho en una constelación de ideas, de razones, tradiciones, historia, proyectos, etcétera.

De allí que en un periódico deban existir hechos —“ha muerto fulano”, “la Bolsa ha tenido esta oscilación”, etcétera—, datos concretos, que haya que presentar con la mayor limpieza posible —no digamos objetividad, sino mayor limpieza— y que estén presentados de la manera más comprensible posible pensando en el lector desprevenido; pero que luego puedan también ir acompañados de opiniones enmarcadas aparte, opiniones que dan una versión, firmada con nombre y apellidos, de alguien que interpreta esa realidad, que la ajusta y brinda una racionalización, una explicación comprensible de eso que ha ocurrido.

Entonces, mientras la información pura y dura es lícita y necesaria y la opinión, señalada y situada como tal, es lícita y necesaria, la propaganda no es información ni opinión. La utilidad de la propaganda es precisamente bloquear la información y la opinión. Es decir, sustituir la información y la opinión por algo más parecido a la sugestión, a la hechicería, al hipnotismo. Lo que intenta la propaganda es hipnotizar, sugestionar e intimidar a las personas. No intenta despertar ese carácter crítico, ese carácter distante y a la vez participativo que señalábamos como característico de la participación democrática.

Se habla mucho de cuál puede ser la función del intelectual, y los periodistas; los que escribimos en los medios de comunicación somos, en cierta medida, o queremos serlo, intelectuales.

Entonces, surge la pregunta: ¿en qué consiste ser un intelectual? En alguna oportunidad propuse una definición de intelectual. Para mí, intelectual es todo aquél que trata a los demás como si fueran intelectuales. Es decir, todo aquél que se dirige a la parte intelectual de los otros. No simplemente el que trata de sugestionarlos, de hipnotizarlos, de asustarlos o puramente de divertirlos, sino el que intenta despertar en ellos la función intelectual, la función que consiste en comprender y sentir, aquélla que consiste en padecer con quien padece y alegrarse con quien se alegra.

Esa función, que es la característicamente intelectual, me parece que es la que define a uno como intelectual.

Quien se dirige al otro para despertar su función intelectual, es un intelectual, aunque profesionalmente sea obrero de construcción o payaso de circo. Quien no cumple dicha función, por mucho que sea catedrático de universidad o escriba grandes novelas, no tiene derecho a llamarse intelectual.

Los periodistas, efectivamente, tenemos que ser intelectuales, en el sentido de que tenemos que dirigirnos a colaborar con la función in-

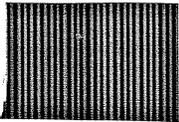
telectual de las personas que nos leen. No con la función libresca, no con la cultura de élite o con una celebración brumosa, sino con el carácter de seres racionales que se informan y se mueven por sentimientos, por valores, por intereses y también por razones. Eso es lo que creo que debemos mover o poner en marcha.

La propaganda bloquea eso. La propaganda es lo contrario a la función intelectual: es tratar a los demás simplemente como si estuvieran sujetos a la hipnosis y a la sugestión; a algo que no tiene nada que ver con la intelectualidad. Y eso es lo que les gusta a casi todos los gobiernos, sobre todo a los gobiernos que por ser más autoritarios tienen menos argumentos frente a la ciudadanía.

Para un gobernante, el ideal del periodista o del intelectual es aquél que, como esos perritos que suelen ubicarse en la parte posterior del automóvil, va diciendo que sí con la cabeza, según avanza el coche.

Para determinados políticos, ese es el ideal de la prensa libre. Pero claro, la prensa no puede simplemente dedicarse a esa función.

En una reunión que hubo en Guadalajara, México, la delegación venezolana planteó la pretensión del poder de controlar y decidir, en defensa de la verdad, quién decía o no la verdad y, de ese modo, tomar represalias con quien no la dijera.



No es precisamente el poder político el que puede homologar las verdades de los periodistas, sobre todo porque esas verdades muchas veces van en su contra.

En cuanto a la elevada opinión que sobre la verdad tienen los políticos, recordemos las campañas electorales para saber a qué atenernos respecto a ella. La idea de que los políticos tienen especial conocimiento de la verdad parece altamente sospechosa, como peligroso que quieran ser ellos quienes homologuen lo que son las verdades públicas. Deben ser los propios lectores, debe ser la propia ciudadanía la que elija entre el periódico meramente escandaloso, sectario, partidista, y el periódico serio, bien informado, pero también comprometido con la denuncia de determinados aspectos, a veces insoportables y oscuros, del poder.

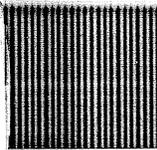
Cuando Kant define cómo debería ser una sociedad bien organizada, señala como uno de los rasgos necesarios a la transparencia; es decir a que el gobernante sea siempre capaz de decir por qué está haciendo lo que hace, cuáles son sus razones, así como que no oculte cláusulas secretas. Que, como señala Kant en *La Paz Perpetua*, cuando dos naciones hacen un pacto de paz no pongan cláusulas secretas. El secretismo, la falta de transparencia y el ocultamiento siempre le están hurtando algo a la ciudadanía.

El poder tiene derecho a ser discreto, pero no a fomentar el secreto y a basarse en él en una sociedad democrática.

Evidentemente, el poder está muy consciente de que una prensa o una televisión, libre o no, o simplemente no simpatizante con él, puede causarle transtornos y daño. Sin embargo, es importante recordar que nada de lo que pueda decir un periodista daña tanto al poder político, como el hecho de que el poder político dañe a esa persona.

Es decir, el periodista tiene su propia deontología. Parte de esa deontología es que el periodista no se convierta en algo más importante que sus noticias, que el periodista no sea la noticia más importante y que el periodista no se convierta en quien decide qué es noticia y qué no es noticia; que por su propia carrera, por su propio prestigio de persona audaz, entre otros, se convierta él, y no la verdad, en la mercancía que vende.

Si un periodista, por su propia labor periodística, llega a tener un gran prestigio, llega a ser una persona muy respetada o muy popular, santo y bueno. No obstante, si un periodista calcula que lo importante para alcanzar ese *status* privilegiado es crear algún tipo de verdad o de discurso de denuncias a su modo y medida, obviamente entra en contradicción con la deontología propia del periodismo.



Es verdad que el gobernante suele tener un vicio que todos conocemos muy bien, vicio que consiste en decir: "Yo soy el pueblo", "el pueblo quiere", "el pueblo dice...".

Sin embargo, también existe en el periodista un vicio simétrico cuando dice: "Yo, la opinión pública", "la opinión pública dice...", "la opinión pública quiere" y, en el fondo, es el periodista quien lo dice.

Entonces, está mal que el gobernante se identifique con el pueblo, está mal que el periodista se identifique con la opinión pública. Por las cauces democráticas, dejemos que el pueblo hable y diga sus cosas; que cada uno diga lo que tenga que decir.

Respetemos también que la opinión no sea tanto pública, que la opinión pública esté formada por opiniones de personas que se han hecho su opinión y que mayoritariamente se inclinan en un sentido o en otro. Que nadie se arrogue el hablar en nombre de la opinión pública frente a quienes hablan en nombre del pueblo, porque esa es una dialéctica que me parece sumamente negativa.

Por otra parte, en nuestra época se han dado también abusos y excesos que todos conocemos bien. La muerte de *Lady Di* ha favorecido la denuncia de esa especie de periodismo obsesivo, de espionaje, etcétera. Paradójicamente, quienes denuncian lo malo de ese periodismo son las mismas personas que todo lo que saben sobre *Lady*

Di se lo deben a ese periodismo. Si alguien en el mundo es producto del periodismo de espionaje y de escándalo, esa es precisamente la pobre *Lady Di*, quien aparte de eso, goza de méritos que son prácticamente imperceptibles al ojo humano, salvo que yo me equivoque mucho.

Entonces, efectivamente, *Lady Di* fue probablemente hostigada y quizá fue la presión de la prensa, en último término, la que provocó de una manera u otra su accidente. No obstante, toda su vida también estuvo determinada y creada por la propia presión de la prensa. De modo que, como el personaje de la zarzuela, los *paparazzi* que la persiguieron podrían decir: "La maté porque era mía".

Fomentar ese afán de que quienes llevan la vida real son aquellas personas que salen en las revistas de papel *couché* y que tengamos los demás que proyectar las frustraciones de nuestras vidas justamente en ese especie de mecanismo compensatorio de papel *couché*, es una cosa bastante triste. Se trata de un periodismo que, en último término, degrada un poco. Degrada a quien lo practica y a quien lo cultiva. No a quien lo lee, a quien le gusta. Lo que hace falta es evitar que esos excesos terminen por acabar con el derecho a una cierta vida privada. No todo lo que nos ocurre a cada uno de nosotros en nuestra vida es de interés público.

Como decía antes, la verdad tiene que ser socialmente relevante y no todo lo que le ocurre a una persona es socialmente relevante, ni siquiera cuando esa persona hubiese vendido sus intimidades en otras épocas. De modo que también una persona que en su momento vendió su intimidad o las fotografías del bautizo de su niño, de su boda o de su romance, y que quiere que algo no se sepa, tiene derecho a que no se sepa.

Es decir, creo que la prensa debería tener mecanismos de autoregulación; debería, de alguna forma, hacer explícito un cierto código deontológico para que el lector sepa que ese periódico se compromete a determinado planteamiento y, de ese modo, lo pueda juzgar de acuerdo con ese planteamiento.

Si uno compra un periódico que es puro amarillismo y en el cual lo que se busca es la frase más escandalosa, más impactante, el cotilleo más escandaloso, ya sabe lo que tiene. Es inútil entonces que pida veracidad, que pida realismo, que pida ni siquiera verosimilitud y, sobre todo, decencia.

En cambio, cuando un periódico quiere ser de otra manera, cuando un programa de televisión o de radio quiere ser diferente debe hacer explícito, para conocimiento de sus oyentes, de sus lectores y de sus seguidores, un cierto código.

No un código en el sentido taumatúrgico —las tablas de la ley—, porque los códigos se violan, pero al menos son un compromiso de acuerdo a partir del cual los lectores pueden juzgarlo.

Los lectores pueden decirle “usted nos dijo que nos iba a dar una cosa y nos está dando otra cosa muy diferente”, “usted dijo que no iba a hacer tal o cual cosa y, sin embargo, eso es lo que está usted haciendo”.

Entonces, creo que es importante hacer explícito ese compromiso; que la gente sepa a qué atenerse y que pueda juzgar lo que está haciendo un medio de comunicación a partir de la comparación entre lo que se comprometió a hacer y lo que hace, considerando las autorrestricciones que se ha propuesto como necesarias para desarrollar con decencia y limpieza su labor.

En una época en que los medios de comunicación cubren, cada vez más, más espacios de nuestras vidas, en que cubren más espacios de la realidad; en una época en la que, de algún modo, estamos viendo que existen verdades virtuales que sustituyen a la realidad pura y simple en la que vivimos; en una época donde, a veces, las guerras como el humanitarismo tienen cada vez más un carácter de pasatiempo colectivo; en una época durante la cual se pone una bomba para que salga en los periódicos, durante la cual se invade un país para que salga publicado en los periódicos; en una época durante la que se hace una campaña

de beneficencia para que salga en los noticieros de televisión; en una época cuando realmente la verdad de las cosas está ocurriendo en el momento de su difusión y no en el momento de su acontecimiento, en una época cuando es más cierto lo que se difunde que lo que pasa, las exigencias de autocontrol, de rigor, de moralidad en la veracidad que tiene que tener un periodista son mayores, porque su poder también es mayor.

El periodista tiene casi el poder de inventar realidades más reales que la realidad misma. Me parece, entonces, que se exige una reflexión colectiva. No es una cosa de uno ni de dos. No es una cuestión exclusiva de los periodistas. Los que son usuarios de los medios de comunicación deben aprender también a no forzar al periodismo a que adopte actitudes chocantes, escandalosas, truculentas. Debe ser el propio lector, el propio oyente, el que con sus opciones eduque mejor a un periodismo que, si no, por razones de mercado quizá, va a buscar la facilidad de lo más escandaloso, de lo más truculento, de las falsedades rentables. Si bien ello constituye parte de la autorrestricción del periodista, también forma parte importante de la opción del oyente.

Si el oyente premia con su audiencia, con su dinero, a aquellos programas más degradados, más falsarios, más escandalosos, más triviales, menos comprometidos con una visión progresiva, con una visión

crítica de la realidad, evidentemente está colaborando a fomentar un tipo de periodismo contrario a la deontología que uno desearía o podría elegir.

En último término, existe también una dimensión que a mí particularmente —quizás sea un rasgo de mi carácter— me gusta, y que tiene que ver con esa dimensión de humor que a mi juicio debería existir al menos en el estilo del buen periodista de opinión. Desgraciadamente nuestro mundo no siempre se presta al humor, como no sea al humor negro y, obviamente, hay muchas realidades que no son precisamente humorísticas en el mundo. Donde las minas personales, extendidas por millones en los países, están destruyendo a niños que ingenuamente van a jugar con ellas y donde ocurren tantos horrores e injusticias que ustedes conocen igual que yo, no siempre la actitud humorística es bien vista ni bienvenida.

Pero, salvado eso, considero que una persona que opina, una persona que introduce la reflexión intelectual, debe jugar con una cierta dimensión de humor. Decía Bernard Shaw que toda tarea intelectual es una tarea humorística y yo creo que, en buena medida, sí lo es. Voltaire, el padre fundador de nuestra disciplina periodística, era a la vez un gran humorista; era un humorista para atraer y era un humorista para mostrar que el humor es la mejor de las armas.

Todas las grandes instituciones de este mundo, es decir el poder político, el ejército, las iglesias, el dinero, entre otras, admiten pocas bromas; es decir, no son lugares donde esté bien visto el utilizar la ironía, el utilizar la travesura verbal. Por eso yo creo que el humor es importante.

En último término, yo empecé diciendo que Voltaire era quizás el fundador de este proceso periodístico en el que nos encontramos todos. Voltaire fue también el ejemplo de las contradicciones del periodismo. Voltaire era un hombre muy interesado; en muchas ocasiones fue sectario pero, globalmente, estuvo al servicio de la tolerancia, al servicio de ayudar a los que no tenían otra ayuda contra las injusticias. Cabe recordar que durante una de las primeras manifestaciones que se hicieron en Inglaterra en apoyo a Salman Rushdie, un pequeño grupo de profesores de Oxford, o algo por el estilo, cargó una pancarta que decía "Avisad a Voltaire".

Bueno pues, creo que, efectivamente, los que hacemos la prensa, la televisión o la radio, de alguna manera somos ese sustituto menor, en calderilla, del gran Voltaire, al cual le quieren avisar las personas que tienen problemas, que tienen inquietudes, que tienen necesidades. Nosotros tenemos que ayudarlos a encontrar su expresión, a encontrar sus caminos críticos. Eso forma parte de la grandeza, de la servidumbre, de la dificultad y de nuestra tarea.

Nada más, muchas gracias.